

Claudia Mera

Humedades

No nos matamos por el amor de una mujer.
Nos matamos porque un amor, cualquier amor, nos revela en nuestra desnudez, miseria, indefensión, nada.

Cesare Pavese *(El oficio de vivir)*.

Hay una humedad en el techo, pensé tendida panza arriba sobre mi cama.
Oía como de mi boca surgían gemidos suaves y acompasados, como globitos de comic.
Pablo me acarició las tetas, besándome desde la amplia separación entre ambas, siguiendo hacia mi rostro. Cuando lo vi venir, traté de borrar las arrugas que permanentemente tengo en la frente y cerré los ojos (nuestra forma de hacer el amor era de un cerrado de ojos riguroso).
Pablo me besó con dulzura, succionando un poco mi labio superior, más grueso y jugoso. Yo le correspondí con un movimiento de lengua. Disimulé el dolor cuando me mordió la oreja, concentrándome en sus convulsiones para así dejar de moverme al mismo tiempo que él.
Yo no me daba cuenta nunca cuando mi marido eyaculaba.
Con Daniel sí lo sabía. Empezaba con una sensación abrasiva y creciente que lo invadía todo, lo quemaba todo. Luego venía la lluvia blanca, copiosa y extrañanamente fría. Lluvia liberadora, como un desatado mar salado y salvaje. Y Daniel me miraba invariablemente sorprendido, ¿cómo sabías?, ¿cómo es que te das cuenta?.
Yo sólo me reía.
Acariciaba su nariz sefaradí y me dejaba caer en sus ojos antiguos, de hombre sin tierra, sin destino, con *la historia* toda sobre su espalda.
Daniel.
Pero no me casé con él.
Suerte que Pablo (mi marido) acompaña las emociones con sonidos, de lo contrario hubiera estado perdida. Habría tenido que confesarle que nunca había tenido un orgasmo con él.
Yo creía que lo amaba. Es probablemente que realmente lo hiciera. Pero aún cuando me gustaba sentir su cuerpo sobre el mío, no lo sé. Ni siquiera ahora, después de millones de orgasmos onanistas y otros tantos compartidos, lo sé. Igual él ni siquiera lo averiguó de mis labios, lo supo de mi mano, mi mano la traido-

ra, mi mano la amante, mi mano hábil, capaz de darme mucho más que él.
No me siento culpable.
La culpa es solo un bálsamo para nuestro propio dolor, para el agujero que nos dejan en el pecho la mentira y el engaño. La culpa diluye la imagen que nos devuelve el espejo cuando lastimamos a los demás, como es borrosa no alcanzamos a vernos como somos en realidad. Porque no queremos.
Y la culpa nos alimenta permanentemente a las mujeres, niñas malas, ovejas negras y descarriadas que nos atrevemos a violar a la madre que somos, fornicando con ella, sodomizando sin piedad al hombre que nos ama. Y el amor de un hombre es un bien preciado en estos días, yo diría que es uno de los más valiosos. El amor de un hombre y su sexo entre tus piernas, mujer desagradecida, que dios te castigue por haberte atrevido a desear más, a pedir más.
Tanta energía desperdiciada, concentrada en hacerlo todo bien, en verme siempre hermosa y sensual, repitiendo constantemente como un mantra: que no se de cuenta, por favor, por favor, que no me pregunte nada. Si Pablo supiera cuanto empeño puse siempre en hacer el amor con él.
Me esforzaba tanto que se me terminaban durmiendo las manos. Es por eso que buscaba siempre acelarar el proceso, generalmente acariciándole los testículos hasta sentir el último espasmo, el liberador. Nunca una lluvia blanca, salada, como arena del desierto e historias de pueblos nómades.
No.
Nada.
Sólo un suspiro liberador en la aridez de mi vagina.
Vagina, dulce vagina, que de todos modos lo recibía siempre, aún cuando no quería ser la receptora, aún cuando quería ser ella la que viajara sin destinos, sin brújula, por mares inexplorados. Aún soñando ser barco ella siempre fue casa.
Mi pobre vagina seca.
Naturalmente diez segundos luego del suspiro liberador eramos

dos personas mirando fijamente el techo y entonces, de atrevida nomás, como para dejar una pista, me sentí libre para comentar: ¿viste que hay una humedad en el techo?

El sexo es sólo una forma de comunicación.
Puede ser amor, las menos, porque de última ¿cómo sabemos lo que es el amor?.
A ver, ¿qué es? ¿es la poesía, la publicidad de un perfume, la serotonina que se genera también cuando comemos chocolate? ¿es el edipo que nunca resolvimos y como una forma de preservar el paraíso de la infancia nos lleva a buscar padres que nos guíen por el mundo, o hijos símiles a los que podamos cuidar?.
¿Qué es?
Las mujeres siempre estamos hablando del amor y a pesar de compartir ese defecto me resulta terriblemente molesto. Es como si al momento de asignar los tópicos relativos a cada sexo, se hubiera dicho, muy bien chicas, a ustedes les toca el amor, y a ustedes chicos, el fuego. Y obvio, ellos lo descubrieron y se dejaron de pelotudeces, ya que no se puede debatir sobre el hecho físico demostrado ene cantidad de veces. Pongamos que tal vez lo debatieron un minuto hasta que encontraron la vara adecuada que insertar en la piedra y luego a vivir la vida. Pero nosotras no, qué esperanza, nosotras hablamos del amor con todo el que nos quiera escuchar, y a veces solas, igual.
Y hace dos mil años que venimos hablando y todavía seguimos sin entender nada, o al menos yo. Tengo la convicción de que todas las mujeres que he sido antes nos quedamos con la misma sensación de estar perdiendo el tiempo. Seguramente cuando fui hombre la pasé mejor.
A veces me agota mi propia naturaleza femenina con sus interminables conversaciones interiores. Pesada, densa, aprendida durante siglos, no es una naturaleza, como decirlo, *natural.*
Es como sentir que estás desconectada de vos misma, que hay algún cablecito que te falta, que nunca tuviste tiempo de leer el manual.

¿Cómo es que no me entiendo, cómo es que mi cuerpo resulta queriendo cosas que yo no sabía que realmente quería?.
La religión no es el opio de los pueblos, el amor lo es.
El amor que resulta ser el producto más vendido, el más rentable, el que se lleva la mayor parte de los beneficios. ¿Pero quién cobra las regalías?.
Yo me la he pasado gastando, comprando todo lo que me vendieran y que me asegurara que no moriría sola y desamada, todo aquello que me prometiera la salvadora presencia de un hombre en mi cama, en mi casa, o sea en mi vagina, que termina siendo su casa, y es entonces cuando me quiero ir.
Decidí que prefiero las funciones corporales, al menos entiendo como *funcionan*.
Tener sexo es un gesto más, como cualquier otro. Es como hablar, besar o acariciar, pero también es como comer o defecar. Puede ser hermoso o repulsivo, pero siempre está diciendo algo sobre vos.
Y yo que creía últimamente no tenía mucho para decir.-

Pienso.
Soy uruguaya, pensar es mi deporte favorito.
Acostada en mi cama escribía ésto cuando Pablo apareció.
Amor, amor.
El no dijo nada mas, solo me miraba repitiendo esa palabrita de cuatro letras.
Se acercó y yo lo dejé hacer, como si estuviera hipnotizada, dejé que me besara los dedos de los pies, que se los pusiera en la boca y los succionara como si realmente fueran sabrosos. Lo dejé morder suavemente la parte interior de mis muslos, y darme vuelta como si fuera una muñeca de trapo.
Lo dejé hacer, no de una manera complaciente, sino porque ya no estoy ahí.
Me fui hacia otro lugar.
Me voy.
Si me quedara tendría que decirle que mi propio cuerpo junto al suyo no me erotiza en absoluto. Que no sé relacionarme sexualmente sin palabras, que no entiendo su lenguaje. Que su pene es un extraño que me invade, como un conquistador que habla otro idioma y ha suprimido en estos años la cultura local. *Yo sé que no es intencional.*
Probablemente los españoles, o al menos algunos, pongamos los misioneros, creían firmemente que colonizar era una forma de contribuir a la evolución de los nativos americanos. Y Pablo tiene aún razones más poderosas para creer que está haciendo lo correcto. Yo me paré junto a él en el Registro Civil y le entegué mi vagina, firmando en un libro parecido al libro de banco, ahí donde llevan la contabilidad de los que morirán solos y los que no.
Yo compré una muerte acompañada, una paternidad obligada, y un guardián para mi vagina. El compró una madre que puede ponerse su pene en la boca sin violar todas las leyes del universo, una paternidad cierta y una entrada a mi vagina.
Claro, no es cuando quiera.
Los derechos civiles protegen a mi pobre rajita, pero Pablo no es

violento, y aunque no pide permiso, solo toma lo que legítimamente le fue prometido.
No puede saber cómo se siente adentro, no *estar* adentro, sino *ser* adentro. No puede saber que adentro no entienden la lengua que él habla.
Cuando Pablo me llama amor dejo de ser yo misma. Soy este ser indefinido y anónimo, como una emoción desconocida.
Siento sus caricias y una cierta tibieza recorre mi piel, como si alguien invisible me tocara con la yema de los dedos. Cierro los ojos (cierro mi vagina, cierro mi mente). Y simplemente me voy.

Daniel fue mi novio durante seis años.
Un día se acostó en la cocina de su apartamento y dejó prendido el gas. Cuando su madre llegó tres horas más tarde todavía seguía sonando un cd de Leonard Cohen.
Evidentemente quería que esa fuera la música que escucharan quienes le vieran en su casa por última vez.
Solo ese gesto dejó.
No una carta, ni una llamada, ni una pose particular.
Solo su música y su cuerpo dormidito en posición fetal.
Y yo supe enseguida que estaba hablándole a su madre, no a mí.
Me río cuando recuerdo que siempre me preguntaba, ¿será porque mi madre nunca me dio teta que todo el tiempo quiero comer de las tuyas?
Una vez nos amamos en su auto, hace millones de años. Era invierno y los vidrios se empañaron enseguida. Daniel escribió en la ventanilla "yo con vos, vos conmigo?". Yo solo sonreí y me subí a su falda otra vez.
A la semana volvió a Israel y no volví a verlo hasta tres años después. Ya me había casado con Pablo.
A veces, cuando no me puedo dormir pienso cómo un hombre que hizo el servicio militar de su país, que sobrevivió a dos atentados, eligió morir así, en silencio, solo cerrando los ojos, justo él que siempre decía: *cerrar los ojos es perder.*
Debo pensar entonces que esa tarde Daniel eligió perder.
Yo misma me siento a veces en la cocina de mi casa y trato de reconstruir esa tarde en la cabeza de Daniel.
¿Qué habrá pensado por última vez?
Daría lo que fuera por saber una frase, la última palabra, la última letra.
Trato de adivinar, no puede ser tan difícil acertarle al menos a la última vocal. ¿Sería una A, alerta, amada, amiga? No sé.
Me gustaría llamar a su madre y preguntarle, estoy segura de que tiene que ser una A, una a de VerónicA.
Daniel nunca se hubiera ido sin decirme adiós.
Escribía y dibujaba en mi diario.

Mujeres desnudas, hermosas y blancas, paradas sobre pedestales de mármol.
Desnudas
Con sus pezones y sus vaginas expuestas al mundo, con sus jugosas vulvas manando néctar, salado y fatal.
Fatal para mí.
Eran como agua de mar y a mí se me hacía agua la boca.
Aunque no lo sabía, yo no lo sabía, mi vagina sí.
Mi boca veía alimento para mi alma, mis ojos sólo dibujos, ensayos de arte para un mundo de otros, tan equivocado y extraño que ahora tengo que armarme una cabeza distinta para pensarlo todo de nuevo, una cabeza de mujer.-

Siempre lo hacía en el mismo lugar, que nunca nunca era la cama.
Esperaba que Pablo se durmiera y me metía en el baño.
Algunas veces simplemente aprovechaba el momento, llenaba la bañera de espuma y me metía con regocijo, como si volviera al vientre de mi madre.
No disfrutaba de mi cuerpo todo, solo de mi vagina. De ese lugar hermoso, cálido y perfecto al que no creía tener acceso de otro modo.
Primero jugaba suavemente con los pelos del pubis, buscando sin pistas, intentando recordar un camino trazado siglos atrás por seres que ni siquiera me atrevía a imaginar.
En realidad nunca imaginaba nada, ni siquiera pensaba, trataba de ver hacia adentro, volviendo hacia el principio, buscándome a mí.
Mis dedos sin destino aparente parecían despertar el recuerdo de placeres conocidos, aumentando mi temperatura corporal.
El sólo recuerdo de anteriores orgasmos hacía resurgir un clítoris somnoliento, como una pequeña islita hacia la que nadar en el naufragio, dulce pero tenso, esperando establecer su conversación conmigo. Tenía que ser una buena conversación, una conversación inteligente, de lo contrario se retiraba ofendido, sin temblores, sin olas estallando hacia la costa, sin decir adiós.
Con respeto le hablaban mis manos, mientras lo acariciaba, sabiendo que el placer era mucho más mío que suyo. Y la retribución era un espasmo que sacudía todo mi universo. Durante esos cinco segundos mi corazón se detenía, y me quedaba suspendida, sumergida, extasiada. Conectándome con mi sangre, con mi madre, con el útero del mundo, con cada partícula de mi cuerpo.
Cinco segundos de puro placer, de absoluta felicidad eran todo lo que necesitaba para seguir un tiempo más.
Cinco segundos de muerte, cinco segundos de vida, cinco segundos de mí.-

Hola, saludaba a mis tres amigas de toda la vida, mientras nos sentábamos en la mesa de un bar. Las miraba. Me encantaba verme a mí misma desde arriba, integrada en un círculo de mujeres.
Siempre me gustó estar rodeada de mujeres, y de adulta eran mis amigas las que me permiten el placer de sentirme niña de nuevo. Asexuada, inocente, felíz.
Una de ellas contó un chiste estúpido, pero todas nos reímos. Nos reímos juntas. Era como un rito. El de la risa que cura.
Las carcajadas de las primeras mujeres de mi vida, mis amigas, eran un sonido mágico para mí, como una canción de cuna, como Eduardo Mateo cantando Principe azul.
Yo amaba sus ojos brillantes, sus labios húmedos.
Ellas nunca lo supieron.
Sin ejemplos alternos que seguir, decidí yo también convertirme en una casa. Como habían hecho todas las mujeres que conocía, pero yo era una casa que nunca me recibió a mí.
Comía mirándolas, mientras mi cuerpo se elevaba, liviano y relajado, sostenido por suaves y dulces voces. Nos acariciábamos las manos, nos arreglábamos el pelo, nos corregíamos las sombras de los ojos.
Hablábamos el mismo lenguaje, nos entendíamos por el sólo hecho de ser mujeres.
Ahora puedo ver que era sólo una proyección. Yo las entendía a ellas pero ellas no me entendían a mí.
Yo genuinamente creía que veníamos de un mismo lugar, un pasado común en el que nos manteníamos niñas, iguales, pares, que veníamos de ese que era un mundo pacífico para mí, sin divisiones, sin obligaciones, sin espejos.
Ahora veo que cuando no levantamos la vista para ver el resto del mundo como es, terminamos creyendo que es como lo imaginamos.
Finalmente todo es una ilusión.
Me daba cuenta cuando ellas empezaban a hablar de sus maridos y los años se me venían encima de golpe. Todo mi mundo imaginario se me desahacía, como los castillos de arena, como las nubes gordas y blancas que tanto me gustaba mirar cuando era chica. Todo volvía a ser nuevo y extraño para mí.
Tenía que repetirme una y otra vez, como una obsesa: *ya no tenemos diez años, ya no es correcto que pasemos más de dos segundos tomadas de las manos, o mirándonos a los* ojos. *Ya no podemos decirnos: "te quiero mucho", lo correcto ahora es: "que bien que la pasamos, ¿no?, tenemos que hacerlo más seguido".*
No, escribí en mi diario, *no la pasé nada bien.*
Odio esas conversaciones eternas sobre maridos e hijos.
Odio ver como de un lado son auténticas y maravillosas mujeres a y del otro autómatas hablando de cosméticos y productos de limpieza. Cambian con solo dar un giro, como la mujer maravilla.
¿Dónde quedan las individualidades?
¿Dónde quedan esas maravillosas criaturas que yo sé que son?
¿O es que no lo son? ¿Dónde quedan las mujeres independientes que nos prometimos ser, aquellas que iban a cambiar el mundo?
Ya sé donde quedan. En casa, cocinando para toda la familia, sin tiempo para dedicarse a cambiar cualquier cosa que no sean los pañales de los hijos, cansadas y desanimadas, sin fuerzas para salir al mundo a cumplir sus sueños. Ahí es donde quedan.
Ahí es donde están.-

Si la vocación es un llamado, mi teléfono definitivamente no estaba en la guía.
Nunca supe lo que quería ser cuando fuera *grande*. Nunca quise ser *grande*. O al vez lo quise hasta que tuve edad para ver cómo eran las mujeres grandes.
No tuve mamá. Es decir, una que me criara. Mi madre murió cuando tenía cinco años, y casi ni la recuerdo. Crecí con mi hermana diez años mayor, mi padre y la colaboración experta y sofocante de un montón de tías de variadas edades y capacidades intelecuales. Ojo, algunas eran, y siguen siendo, mujeres muy muy listas.
Durante toda mi vida escuché a los sicólogos decir que la ausencia de la imagen materna era la causa directa de mi timidez, mi terrible inseguridad, y fundamentalmente mis enormes dificultades de adaptación.
Igual siempre fui una nena obediente. Me puse todas las etiquetas correspondientes, y también las alarmas anti robo.
Fui la chica desadaptada. La que no quería ir a la escuela, ni quedarse en el club, la que nunca dormía en la casa de las amigas, la que no tuvo novio hasta los diecinueve y sexo hasta los veintidos. La que siempre estaba callada en el rinconcito y se divertía, asombrada, por la forma en que otros se divertían.
Toda la vida me la pasé intentando averigüar qué querían las personas para poder dárselo de alguna manera.
Tempranito entendí que la mejor manera de obtener cariño es darle a otro algo que quiere o necesita. No cosas verdaderas como lealtad o amor, sino satisfacción inmediata, esto es: atención y cariño. Si los escuchás y los tratás bien las personas empiezan a pensar que sos buena. Si las personas creen que sos buena ya no se preocupan en saber como sos realmente.
Me mantuve tanto tiempo camuflada de mujercita inofensiva y sumisa que se me olvidó lo que realmente pensaba y quería para mí.
Siempre tuve miedo de que mi padre conociera a una mujer y se fuera con ella. Lo único que me acercaba a mis primos y primas

era que al menos yo todavía tenía *un* padre, pero si él se iba, ¿qué íbamos a ser mi hermana y yo?, bueno, ella ya tenía un novio, lo que era como una perspectiva de familia.
Pero yo, ¿qué iba a ser yo?.
Estaba claro que una vez sola me transformaría en el anexo de mi familia, en esa especie de apéndice al que nadie tiene la obligación de querer profundamente, sino simplemente hasta donde empieza a fallar la sonrisa.
Ahora se me ocurre que por eso me aterraba tanto dejarme conocer. Como un juguete que sabe que está fallado y no quiere que lo devuelvan, yo siempre me mostré de la mejor manera que podía.
Hice un gran esfuerzo. Observar a los demás y poder descubrir qué es lo que quieren te lleva tiempo. Tiempo y energía.
Por eso cuando me preguntó Andrea cuando decidí estudiar mi carrera, no pude contestarle.
Nunca lo decidí.
Daniel estudiaba Letras y yo decidí seguirlo, para pasar más tiempo juntos, y me sedujeron las palabras. Sus dibujos y las palabras escondidas detrás de las palabras. Me enamoré de la Semiótica y supe que me iría con ella, independientemente de lo que eligiera Daniel.
De todos modos, las elecciones son relativas.
Especialmente porque yo en el fondo lo sabía, sabía que yo había sacado la carta, sabía que no iba a poder ocultarlo mucho tiempo más.
Yo era diferente.
Era la oveja negra. La de mi familia era yo.
Lo supe desde el día en que me dijeron que mi madre se había ido al cielo (que analogía más tonta).
Torpe, tímida e insegura, siempre metida entre los libros y los cuadernos que escribía, no lograba comunicarme más allá de lo mínimo con mis consanguíneos. Y cuando sos chiquita, una nena seria y educada está fantástico, pero luego quieren saber de vos, quieren entender como funcionás. Quieren conocer, evaluar y

aceptar tus pensamientos. Y ahí yo ya no estaba de acuerdo con mis queridos consanguíneos, compañeros de sangre.
Sangre, que tema con la sangre, ¿no?
Las mujeres adoramos la sangre, la de nuestros progenitores a quienes veneramos y cuidamos y de los cuales aceptamos todo tipo de maltrato. La de nuestros amantes que se vuelve blanca y nos invade de vez en cuando y sólo por eso es santa. Hasta la del menstruo que dejamos caer, inútil, cada mes, tiene un lugarcito en nuestro corazón. Ni que hablar de la sangre de nuestros hijos, engendrados o invasores, como sea, también es santa su sangre y le debemos honores más esforzados que los que dedicamos a la propia.
¿Hasta dónde cuidamos la sangre que nos corre por las venas, la nuestra, la verdadera, la única absolutamente cierta?
A la sangre le sigue siempre la palabra.
Un día mi familia toda intervino. Mediante una absurda y tiránica asamblea, buscaron estúpidamente salvarme de una relación sin futuro con un hombre circuncidado. Yo escuché y obedecí esa palabra sólo porque era la voz de la sangre. No a Daniel, con su voz de miles años y sus ojos de jesucristo.
No.
No lo escuché a él.
La sangre pudo más.
La mala mala sangre.
Mala porque daña, mala cuando invade.
Mala porque es tonta, como la mía, y cree que el sacrificio que hacemos por los demás tiene finalmente recompensa.
Tonta porque cree que hay una segunda vuelta de esta vida, una revancha para enmendar los errores, o para divertirte cuando estás segura de lo que viene después.
En esta montaña rusa el recorrido es solo de ida, y tu único alimento son cinco litros de sangre. Y son solo esos cinco litros los que tenés que cuidar.
Yo nunca soñé que Daniel se casaría conmigo. Lo hubiera amado de todas maneras, aún cuando nunca engendrara a sus hijos, no

me hubiera importado. Todavía escucho la voz de mi hermana diciéndome *nunca se va a casar contigo porque nos sos judía*. Yo debí decirle: *¿qué tal si yo no quiero casarme con él y comprar una casa del banco hipotecario que nunca terminaremos de pagar, qué tal si nada de eso es importante para mi, qué tal si solo quiero sentir su piel semita sobre la mía* ***hoy,*** y tal vez mañana ya no?! ¿qué tal si sólo quiero su pene ciruncidado y nómade dentro de mi barca, dentro de mi vagina que nunca se sintió casa con él?.
Pero ni una sola palabra salió de mi boca.
Mi propia sangre no me dejó.

Un día estaba sentada en mi escritorio de la facultad hablando por teléfono, mientras mi mano derecha distraída dibujaba garabatos sobre la tapa de un libro.
Al otro lado de la línea, una de mis amigas se descargaba, cuestionándose la fidelidad de su marido. Le repetí, le aclararé por undécima vez lo hablara directamente con él, que en ese tipo de cosas no me sentía capacitada para ayudarla. Impávida, ella continuaba descargando su inseguridad en mi oído, , era obviamente lo que necesitaba, mientras yo dibujaba rombitos sin cesar.
De pronto, un momento de extraña lucidez me sorprendió. Acababa de decirme algo que no pude dejar pasar. La frase se adhirió a mi mente como cinta adhesiva. Ella dijo: *Yo no tengo miedo a que se vaya con otra mujer. Tengo miedo de que no se vaya, aunque quiera. Tengo mucho miedo de que se quede conmigo aunque quisiera estar en otro lado.*
El rostro de Pablo apareció súbitamente frente a mí.
Dejé el teléfono.
Mi mirada se escapó por la ventana. Niños de entre tres y diez años corrían y jugaban en la calle haciendo mucho ruido. Yo ya los había visto antes. Eran los chicos del verano, llegaban con el calor. Jugaban y también dormían en la calle. Volvían a los hogares de menores sólo a pasar el invierno. Yo los veía, nunca los miraba. No es que no me importara o conmoviera su situación, era mucho peor. Estaba pretendiendo ser inmune al dolor, la compasión, las lágrimas, la impotencia, la rabia. La sola perspectiva de padecer alguna de esas emociones, me daba terror.
A pesar de mi implacable determinación de mantenerme lejos esa tarde me vi a mí misma sentada en la ventana mirando a los niños del verano.
Con un fuerte espasmo, casi como un vómito, me puse a llorar.
Combatiremos todavía, combatiremos siempre, escribí, en mi diario con la cara mojada y la pintura corrida.
Dicen que Cesare Pavese se suicidó descorazonado por una mujer que lo rechazaba. ¿Realmente fue por eso, sólo por eso?
Curioso, para una persona que dijo que *el amor tiene la virtud de desnudar, no a los dos amantes uno enfrente de otro, sino a cada uno de los dos ante sí mismo.*

Tal vez no fue el desamor de ella, sino la soledad de su propia imagen frente al espejo lo que se le hizo insoportable.
Su propia imagen desnuda frente a sí mismo.
¿Será porque es gratuita que ésta vida es tan difícil?
¿Será porque siempre, irremediablemente estamos solos adentro de este cascarón que cargamos? ¿Será porque sabemos que no podremos volver al útero nunca más?
Pavese.
Los niños del verano.
Todavía encuentro cosas que me hacen llorar.
No estás en el país de las maravillas, Alicia, todavía estás del otro lado del espejo.
Apreté con tanta fuerza la lapicera que me enterré las uñas en la mano, manchando con gotitas rojas los rombitos que acababa de dibujar.-

Cuando era chica yo creía que mi hermana era Susana Giménez con el pelo rojo.
Para mí ella no había nacido como yo de mi madre, para mí había salido de una revista como para tí o gente.
A ella nunca le pasaba como a mí, que por timidez terminaba siempre hablando del tiempo con todo el mundo. Ella era fantástica, asertiva y llena de seguridad.
Mi hermana también estaba casada.
Ella y su esposo se besaban y mimaban en público todo el tiempo.
Mis tías siempre celebraron esas saludables muestras de afecto. Especialmente algunas que tuvieron la desgracia de quedarse solteras o viudas a temprana edad. Con la misma fuerza cuestionaron mi aparentemente enfermiza introspección, ya que según sus propias y repetidas palabras, nadie parece saber nunca *qué pasa con ésta chiquilina*. Siempre quise decirles ¿y a ustedes qué carajo les importa? Pero la verdad es que era demasiado complicado y bastante agotador enfrentar las consecuencias de decirles algo así. Por eso simplemente ponía cara de nada, de que no me pasaba nunca nada, y me quedaba sentada junto a mi marido, acariciándole la mano, esperando que llegara la hora de volver a mi casa donde podía poner la puta cara que me saliera de los putos ovarios, o al menos hasta que Pablo me preguntara: *¿amor, qué te pasa?*. -

El día que me casé con Pablo bailé como nunca. Es mi mejor recuerdo.
Elegí yo misma la música, no tenía excusas.
Es mágico cuando entrás en sintonía con la música, tu mente se queda en blanco y te convertís en un ser primitivo y salvaje, absolutamente pleno y felíz.
Cantás aunque suenes horrible, haciendo catarsis de todas las cosas que nunca te animás a decir, las gritás, sublimándolas de una manera perfecta.
Te movés como nunca harías ni volverás a hacer porque ésta comunión es única e irrepetible. Ni vos serás la misma, ni la canción será igual más adelante para vos.
Y a veces recordás, aquel momento, aquel lugar, aquella persona con la que escuchaste y bailaste esa canción, y que fue tan mágico que el video se te quedó pegado a la cabeza y ya nunca la pudiste volver a escuchar como una canción nueva, porque ya nunca sería nueva y vacía para vos. Habías logrado llenarla con un recuerdo y ahora la canción era *tuya*, tuya y de nadie más.
Entonces Fito empezó a cantar *Abre*, y aunque nunca fue de mis canciones preferidas, ni cerca. Yo sí tenía un video clip para esa canción.
Dos inviernos atrás, Pablo y yo estábamos en la casa de sus padres con amigos juntados para festejar a su hermana, que volvía de España.
Yo tenía un recuerdo bastante vago de ella, apenas empezábamos a salir con Pablo cuando se fue a vivir a Madrid. Sacaba fotos todo el tiempo, y se vestía siempre de negro, y en algún momento, me acordé, nos reímos mucho con un comentario tonto que hice, algo como que eramos las únicas que habíamos visto *Mamá era punk*. Obvio que no era cierto, y las dos los sabíamos, pero nos enganchamos a hablar de *La polla* y *Kortatu*, como si éstas banditas nos dieran la verdad revelada y aquellos que no las conocían fueran todos unos pobres e infelices mortales sin esperanza.
¿Qué dirá ahora, de qué hablaremos? Me dio dolor de panza de

solo pensarlo.
De pronto ella bajó la escalera y mi corazón quiso correr a pegarse a sus piernas largas, que parecían acariciar los escalones, no simplemente bajar una escalera de madera.
Me miró desde esa altura y sonrió.
Sentí una vergüenza tremenda parada ahí mirándola con la boca abierta, especialmente porque yo ya no era una mujer interesante que escuchaba música con contenido y decía cosas divertidas. Ahora era una la mujer que se estaba por casar con su hermano y que hablaba de cosas serias, tomaba anticonceptivos y había aprendido a cocinar y a planchar camisas.
Mierda, pensé, *me voy a la mierda*.
Me dí vuelta y salí corriendo al jardín. Como una posesa, me saqué los zapatos, me saqué la ropa toda, sintiendo el frío quemándome la piel y acelerándome la sangre, con el viento cerrándome los ojos, aislándome del mundo con la cara de Magdalena en la memoria.
Eso era exactamente lo que yo *quería* hacer.
Pero no lo hice.
Lo siento.
Realmente no lo hice.
Sólo me quedé ahí parada, con mi cara de idiota, de la mano de Pablo, mirando a mi cuñada como no debería mirarla, sintiendo su mirada como no debería sentirla, rezando para que nadie pudiera de ver el *transcript* de lo que ambas estábamos pensando. Nadie lo vio.
Magdalena fue festejada por todos, contó sus historias, mostró sus fotos, habló y habló frente a todos, sonriente y hermosa, conciente del poder hipnótico que ejercía sobre todos nosotros, hasta que se aburrió, aparentemente; porque en un momento, como al descuido, separó una de las fotos en blanco y negro que había tirado sobre la mesa y mirando a Pablo fijamente a los ojos dijo: *ésta es Ana, mi novia.*
Silencio.
Silencio que se vuelve incómodo.

Persona con demasiada conciencia social que no soporta el silencio: *¿vamos a dar una vuelta?*, dije, haciendo el gesto de estar sonriendo, sin mucho éxito.
Y todos hicieron ruido, mucho ruido con sus voces, intentando disimular que en cuanto cruzaran la puerta ésto era de lo único que iban a hablar.
Mi suegra se fue a la cocina, con la perfecta excusa del plato de saladitos vacíos. Magdalena y Pablo la siguieron.
Entonces él lo sabía, de lo contrario estaría igual de sorprendido que todos. Pablo lo sabía y la acompañó para que no se enfrentara a su madre sola.
Es un buen tipo, es un gran hombre, pensé.
Y yo hace media hora me estaba comiendo a su hermana con los ojos. Qué bárbaro. Bárbaro de verdad, bárbaro como de las invasiones, como de falto de civilización. Bárbaro mal.
Finalmente salimos, Magdalena quería ir a bailar y bailamos. Ella con sus amigos, yo con Pablo.
Yo no podía dejar de pensar en las canciones en vasco de *Kortatu, del qué hacen ahora en Londres*, pero oíamos a *Calamaro, Maná*... y a mí todo me parecía un puzle muy sencillo, que por alguna absurda razón había sido mal armado. *Charly*, mucho mejor, al menos me sabía la letra. Y de repente los primeros acordes de *Abre*. Ella se dio vuelta y cantando empezó a caminar, bailando hacia mí. *Abre el mundo ante tus pies, abre todo sin querer*. Abrió sus brazos en una cruz y su plexo, apenas femenino latía, llamándome, gritándome, arrastrándome. *Abre hacer e imaginar, abre nunca intrerpretar, abre toda sensación, abre música y color*. Llegó cantando, rozándome apenas al pasar junto a mí, dejándome su olor a jabón en la nariz. Siguió su camino hacia el baño moviendo los brazos como si fueran cuerdas, andariveles de los que podía colgarme para salir a flote. Y yo me estaba ahogando, y porque me estaba ahogando, yo que nunca fumaba, prendí un cigarrillo y la seguí.
Apenas había terminado de cerrar la puerta del baño cuando sentí su boca sobre la mía, su lengua sobre la mía, su pelvis sobre la mía. Reptando, pegada a mí, me cogió contra la puerta del

baño. Y digo me cogió porque yo no hice absolutamente nada. No moví ni un músculo, ni siquiera un dedo. Bueno, si moví los dedos con los que sostenía el cigarro que su consumió en el tiempo exacto que a ella le llevó acabarse sobre mí. Tembló por dos segundos y movió el pelo de mi frente para verme a los ojos. Me sorprendió la tristeza de los suyos y quise abrazarla, acunarme en ese pecho casi plano que por un ratito había imantado contra mí, pero se separó y salió del baño sin decir nada.

Yo me quedé ahí parada.

Sin su cuerpo, el mío impactaba directamente en el espejo. Cerré los ojos, el reflejo de mi cara en el espejo era la última cosa que quería ver.

Este video pasó por mis ojos durante la fiesta de mi boda con Pablo.

Busqué a Magdalena con la mirada mientras la canción de Fito todavía seguía sonando. Estaba cantándosela a su novia, que ya no era Ana ni vivía en España.

No importaba.

Me quedé mirándola, obligándome casi, castigándome, sin duda. *Mirala, es tu cuñada, es la hermana del hombre al que acabas de decirle: juro amarte y respetarte. Es la mujer que te cogió en un baño y nunca más te volvió a dirigir la palabra. Mirala y nunca la olvides. Mirala para que la recuerdes cada vez que tengas ganas de ser cogida por una mujer.*

La canción terminó y mi tía Estela se apoyó junto a mí en la mesa de la torta. Dijo *por fin*. La miré sin entender. *Aclaró: que linda fiesta, que lindo todo, chiquita, estás contenta, ¿no?. Claro, tía, claro que estoy contenta.*

Mi hermana bailaba apretada a su marido, completa y felíz, sin mentiras, sin secretos horribles, sin haber cogido nunca con su cuñada. Mientras la miraba deseaba con todas mis fuerzas convertirme en ella, vivir su vida, tener sus hijos, y ser felíz.

Mis amigas me convencieron: v*amos a ver a una bruja.*

Nos sentamos por turnos, una a una, frente a esa señora que nos adivinaba el futuro.

Como una malabarista movía sus cartas. Preciosas, llenas de misteriosos dibujos dorados y personajes medievales.

Tenía unas extrañas cartas circulares y pequeñas, cartas de poker, cartas con rústicos dibujos celtas y las infaltables cartas de tarot. Intenté concentrarme en ellas, mirándolas atentamente, tratando de ver lo que la bruja veía, pensando: ¿porque se le revela a ella mi futuro y no a mí misma?¿Cómo es que ella puede describirme con tanta exactitud en función de mi fecha de nacimento, de mi mano, de las cartas que voy eligiendo al azar, y yo que me conozco de toda la vida, todavía no sé cómo soy?

Porque ella hablaba de mi como si realmente me conociera. Mis amigas movían la cabeza afirmando cada comentario acertado, maravilladas y divertidas.

Surgió la muerte varias veces, las sonrisas se ausentaron por un rato.

Aparecieron varias mujeres, y un hombre que tal vez podría ser mi padre.

Una presencia angelada que me cuida, ¿mi madre?

Y una encrucijada, dos espadas antiguas, cruzándose una sobre otra.

Ahí me arrebató la mano excitada por su descubrimiento. Señaló la línea de la vida de mi mano derecha. *¿Ves que se divide en dos líneas?* ¿Ves?

Antes y después, la separación de las aguas como si fuera Moisés cruzando el Mar Rojo. Como si yo misma fuera las aguas del Mar Rojo.

Tu vida es rica en cambios y posibilidades, y la encrucijada señala dos caminos opuestos. Vos podés elegir cual seguir.

Me miré la mano.

Qué extraño.

Siempre pensé que mi línea estaba cortada o rota. Nunca se me hubiera ocurrido que eran dos caminos separados, nunca vi su

longitud.
Genuinamente sorprendida la miré a los ojos, para ver si estaba diciéndome la verdad.
Sin dudas era cierta *su* verdad. Sus ojos brillaban limpios, seguros, celestes. Apretó mi mano sonriendo varias veces, como para el nuevo dibujo que acababa de hacer sobre mi destino no se borrara así nomás.

Sentada en los sillones de cuero de mi living, miraba un cuadro que había comprado Pablo. Una marina preciosa, de un pintor muy conocido por pintar siempre lo mismo, pero increíblemente bien.
Me fui dejando caer dentro de ella.
Era tan real que casi podías sentir el perfume revitalizante del mar, el olor de la sal, de la arena mojada, de los pinos. Imaginaba la espuma blanca tocándome los dedos de los pies. Sonreía, metida dentro del cuadro, recostándome contra una vieja barcaza encallada en la arena. Mis muslos sobre la madera caliente, el sol quemándome la piel, una sensación casi orgásmica.
¿porqué no siento tanto calor cuando estoy con Pablo?.
Era tanta la paz, la perfecta armonía en que sentía mi cuerpo, que me hubiera quedado ahí para siempre.
Verónica, Pablo me llamó, sacándome de golpe de mi perfecto marco. La marina volvió a ser nada más que un cuadro colgado en la pared.
Dale gorda, vamos a llegar tarde, dijo.
El no se imaginaba cuánto me molestaba que me llamara gorda. No porque lo fuera, ni me importara serlo. Es que *gorda* borra todo el misterio, la seducción implícita, la graciosa naturaleza de un ser individual. *Gorda* no es nadie, y somos todas las esposas o novias, *gorda* es un rol, un personaje. Es esa persona que vive ésta vida parejil y civilizada y que sabe lo que tiene que hacer cada día, y al siguiente, y así ad eternum. *Gorda* no es una mujer que dejaría a su esposo por otra mujer. *Gorda* no es una mujer que cambiaría su vida por completo por la sóla razón de no hallarse a gusto con las cosas como están. *Gorda* no es una mujer que se animaría a empezarlo todo de nuevo, reconociendo los errores y el tiempo perdido como una oportunidad para crecer.
Gorda no tiene secretos, ¿o tal vez está demasiado llena de ellos?.
Pensé: *tal vez es por eso que Pablo me ve gorda.*
Como sea.
Gorda es simplemente familiaridad y rutina. Implica necesariamente que ya te han visto en todas tus actitudes, incluidas las más

obsenas, las más privadas. Y yo en realidad quería sólo volver a cuando era simplemente *Verónica*, o al menos cualquier pedacito de Verónica que pudiera quedar en mí.
Vero dale,¿ te vas a vestir o vas así?.
Lo miré, arreglándose la corbata frente al espejo y pensé que era un hombre precioso, con grandes y cálidos ojos negros.
Con profunda tristeza en el alma, una vez más:*¿ porqué no soy felíz?.*
Cerré los ojos y volví a imaginarme caminando por la playa, con granitos de arena colándose entre los dedos de mis pies. Ya no usar medias de lycra ni zapatos. Es más, ni siquiera usar ropa. Ya no hacer el amor con Pablo ni con nadie. Ya no sentir su olor, cambiarlo por la sal del mar. Ya no escuchar su voz, cambiarla por el sonido del mar. Casarme con el mar, hasta que la muerte nos junte, como Alfonsina Storni. Inmediatamente abrí los ojos, *¡qué ridiculez!.*
Pablo me sorprendió con un beso en la nuca. Respirando suavemente cerca de mi oreja izquierda, *salvo que quieras que nos quedemos en casa.*
Descrucé las piernas rápido, parándome y sonriéndole sólo con la boca.
Vamos.
Evité cruzarme con su imagen en el espejo y poniéndome el saco salí a la calle sin mirar atrás.-

Mirándome al espejo.
¿son signos las imágenes reflejadas en el espejo?
¿están los espejos diciendo algo?
Yo sé bien que ésta simetría aparentemente inversa no es real. No estoy invertida en el espejo, pero me encanta pensar que sí.
Yo sé, lo sé , lo entiendo, que el espejo es un fenómeno umbral en el que virtualmente me percibo como si viviera ahí adentro. Pero me gusta pensar que es real.
Por eso insisto, desafiando la congruencia absoluta del espejo.
Aún sabiendo que no hay forma de que deje de decirme al verdad.
Desnuda frente el espejo (como Pavese) me obligaba a mirame.
Blanca.
Sin excusas.
Muerta de frío.
Haciendo mi tarea.
Líneas azules recorriéndome, devolviendo aire sucio a mi corazón. Las líneas oxigenadas eran casi imperceptibles.
Mi cadera izquierda, ligeramente más arriba que la derecha.
Los dedos de mis pies chiquitos y gordos, mientras los de mis manos eran finos y largos.
Voy buscando mis siete diferencias, como si me leyera a mí misma en el diario.
Sin emoción, sin intención, solo mi mirada atenta, ajena, abierta al descubrimiento.
Como la primera mirada sobre un cuadro de otro.
¿Cómo lo hizo?
¿En qué pensaba?
¿Cuál fue su pregunta?
Mis pechos con sus dos ojos marrones que me miran sin párpados.
Yo sé que el izquierdo es más sensible, pero hago como si no los conociera.
Me estaba dibujando en mi cabeza, como si fuera nueva, para ser nueva, una y otra vez, para no ser yo.
Dibujamos para poder hacer lo mismo que hace el espejo. Lo

intentamos.
Torpe e infantilmente.
Porque además de la eficiencia que no podemos superar, el dibujo sigue dependiente de nosotros, y el espejo no.
El espejo existe de todas maneras.
El espejo no nos necesita ni nos necesitará nunca.
El espejo no me necesita. Ni a mis muslos, mis cuadríceps, mis gemelos, mis tatuajes, las pecas sobre mi nariz, mi pelo que ya no sabe de qué color es, o mis ojos.
Mis ojos que están de un lado y del otro del espejo.
Mis ojos de Alicia, de gitana, única herencia de mi madre, mis ojos lindos, mis ojos míos.
Sólo mis ojos soy yo.
Sólo ésta capacidad de absorver imágenes y luz y todo el cablerío que me permite decodificarlas.
Sólo mis ojos son yo.
Pero Ella me llama. Como una nena chiquita perdida en la calle, buscando una mano.
Yo misma me perdí en la calle una vez (es el único recuerdo que tengo de mi madre).
Iba distraída. Todo era tan grande, tanto ruido, tanto color, y de pronto, nada, un abismo negro, la desolación, mi mano suelta, sin calor, sin uñas rojas que me protegieran del mundo. Me solté de mi mamá y ya no la vi más.
La buscaba desesperada pero era muy bajita y las personas pasaban sin verme, girándome como si estuviera vendada jugando a la gallinita ciega.
Salvadora, su imagen apareció de nuevo, una blusa azul y una cartera marrón, seguían caminando más adelante con una mano suelta como si nada. Entre decepcionada y aliviada, corrí hacia ella y me colgué de su brazo obligándola a mirarme.
Gran golpe gran.
No era ella. No estaba su cara. Estaban la blusa azul y la cartera marrón y también las uñas rojas, pero no era su cara. Una desconocida me sonreía amablemente explicándome que no era mi

mamá y señalando a la verdadera, que recostada contra una vidriera, se reía.
Y a pesar de ser tan chiquita me quedé ahí parada pensando un montón de cosas que todavía recuerdo muy bien.
¿Cómo una blusa y una cartera transformaron a una extraña en la mujer más importante de mi vida?
¿Porqué en medio de mi desolación, ella estaba viéndolo todo y simplemente se reía? ¿Porqué me dejó considerarla perdida para siempre? ¿Porqué me dejó solita en esa marea de gente, colgándome del salvavidas equivocado?
Miré de nuevo a la señora, no era para nada parecida, ni siquiera era azul su blusa. Yo había querido verla así.
La mano maternal volvió a la mía, con el consejo: *nunca te sueltes de mi mano, nunca nunca.*
Nunca nunca.
Ella no sabía que iba a soltarse ella misma, de una vez y para siempre.
Apreté su mano fuerte, palma contra palma, adheridas una a la otra, y sentí el calor de su cuerpo grande entrando en el mío.
La paz, la seguridad, la fe.
Otra vez todo estaba bien.
Yo ya había aprendido mi lección.
Quería abrazarla y no volver a soltarla, pero tenía que demostrarle que estaba tranquila, con mi lección aprendida, como si nada hubiera pasado. Y seguí caminando, derechita, aparentando tranquilidad, hasta que se me pasaron las ganas de llorar.
Me miré otra vez en el espejo.
Mi vagina también es una nena chiquita y perdida que se soltó de mi mano.
Pero ella tampoco llora, trata de demostrarme que aprendió la lección que debía, ¿pero cuál es esta lección?

Negar tu cuerpo no es sólo una señal de baja autoestima o de disconformidad con tu propia imagen.
Negarte tu propio cuerpo es, lo sabe todo el mundo, Verónica: la negacion de un fuerte deseo que se busca reprimir.
Verónica querida, debiste haber reflexionado sobre ésto hace mucho mucho tiempo. -

Increíble.
Es como cuando vas bajando a pie por las sierras y a medida que descendés la velocidad aumenta hasta ese punto en el que ya no la controlás. Vas viendo como las piedras se despeñan delante tuyo y caen hacia la izquierda y hacia la derecha, aleatoriamente, sin ningún control. Y te morís de miedo de ser vos la que se despeña sin control, sin saber donde vas a terminar. Debe ser por eso que siempre acompañás el adrenalínico descenso con un grito.
Increíble.
Mi voz resonaba en un salón de clases semi poblado. Hablando, mientras escribía y subrayaba conceptos en el pizarrón.
Intentaba contagiarles mi amor por la semiótica, mostrarles la incidencia de las palabras en nuestras vidas. Hacerles entender que la producción de signos es complicada, ya sean palabras o cosas, por la dificultad de convertirlos en lo que queremos que sean. Quería que entendieran que de todos modos, cuando hablamos somos también habladas y hablados por el lenguaje, por las reglas del sistema de signos de los que dependemos para comunicarnos.
Lo cierto es que las personas tenían vidas más interesantes en las que *cosas* sucedían, y entonces cuando se juntaban hablaban naturalmente de esas cosas.
Yo simplemente sublimaba. Obsesionada con mi carrera y con la universidad, canalizaba mi líbido en ellas. Prefería las formas, las reglas, cualquier cosa, antes que los verdaderos significantes.
Algunos de mis alumnos tenían apenas cinco años menos que yo, por eso me sorprendía tanto no poder superar esa barrera que nos separaba.
O tal vez era yo la única que veía una barrera, porque era yo la que la ponía.
Como fuera, por más irónico que pueda parecer, ellos y yo no lográbamos comunicarnos, y parecía ser el karma de mi vida, porque no había hecho otra cosa que estudiar sistemas de signos y formas de comunicación.

Hubo momentos en los que hasta pensé que Daniel tenía razón cuando me decía que había nacido adulta, que siempre hacía lo que tenía que hacer, cumpliendo con lo que todos esperaban de mí.
Ahora sé que mi mente ha sido siempre la de una adolescente que no encuentra sus sitio, que no entiende su cuerpo, que no se adapta al final de su era infantil. Sólo que sin rebeldía, sin lo más divertido de la adolescencia, sin la furia y la angustiosa sensación de que te podés morir mañana sin haber logrado cambiar nada.
Es gracioso, siempre creí que no nos entendíamos porque yo era la adulta y ellos los no-adultos todavía. Nunca se me ocurrió pensar que la adolescente tardía era yo.
De pronto mi teléfono celular sonó, lo busqué nerviosamente en la cartera. Era el número de mi hermana y conociendo lo difícil que siempre ha sido poner fin a una conversación con ella, pedí a mi *encantada* clase un minuto y salí al pasillo para poder hablar tranquila.
Silvina, siempre nos saludábamos con nuestros nombres, *¿qué pasó?,*y siempre nos preguntábamos qué pasó, porque sólo nos llamábamos cuando algo pasaba. Nos habíamos desacostumbrado a hablar de nuestras cosas.
Ella estaba nerviosa y trataba de decirme algo ahogándose en sucesivos *no te asustes, no es nada grave.* Insistí varias veces *¿qué pasó?.* Finalmente cedió: *Papá está internado, se descompensó ésta mañana y le están haciendo unos estudios. Aparentemente lleva mucho tiempo con un peso por debajo de lo normal y ...*
Tuve que apoyarme contra la pared porque una puntada en el estómago me sacudió como supongo debe sentirse el impacto de una bala.
No sabía qué decir, pero igual no importaba.
La voz de mi hermana no se detenía, y yo sabía que continuaría con su monólogo hasta que decidiera que había terminado para ella. Lo cual, debo confesar, fue casi un alivio en ese momento. Silvina asumía en forma absolutamente natural lo que yo podía llegar a decir, de modo que se saltaba escucharme realmente y

pasaba directamente a su respuesta. Por eso insistía: *No te deprimas, no te derrumbes, no es nada grave, son exámenes de rutina, seguro mañana le dan el alta.* La verdad es que yo no sabía si es que quería convencerme o trataba simplemente de convencerse a si misma. Mi padre, el hombre fuerte y sano, trabajador incansable, proveedor y contenedor, cuya personalidad siempre quise emular. El que nunca se quejó, aún cuando antepuso la felicidad de sus hijas a la suya propia, internado.
Tiene setenta años y un peso inferior al peso mínimo de un hombre de su edad. ¿Cuánto debería pesar un hombre de setenta años? ¿Cómo no me dí cuenta de que estaba así? ¿En qué estaba pensando?
Y hasta ésta precisa mañana estaba trabajando.
Mi mente evocó rápidamente los días pasados. Traté de recordar cuando fue la última vez que comimos juntos. Hace como tres o cuatro meses. Que disparate. Mi corazón me gritaba enfurecido*: tres o cuatro meses, el hombre tiene setenta años y vive absolutamente solo, tres o cuatro meses....*
Recordé el rostro de mi padre asomando en el borde de la puerta un día *¿comemos, chiquita?.* Pero yo estaba demasiado ocupada y le dije *mejor mañana*, guiñándole un ojo. El me tiró un beso al salir. Mi corazón me seguía gritando descontrolado *tres o cuatro meses...*
En ese momento el pasillo de la facultad empezó a girar como una calesita, hasta que me caí redonda y ruidosamente al piso.
El celular rodó de mi mano por el pasillo hasta los pies de una chica que pasaba, mientras mi hermana se desgañitaba gritando *hola, estás ahí, hola...*
Cuando abrí los ojos, la vi. Otras personas estaban ahí también. Alguien me acercaba un pañuelo perfumado a la nariz. Otro sostenía mi cabeza erguida. Pero yo sólo la vi a ella, que me miraba fijamente, y que tenía mi celular en su mano.
Me acordé, era una estudiante. Había sido mi alumna unos años atrás, pero sus ojos no eran como yo los recordaba. Estaban más abiertos.
La chica sonreía, pareció percibir que yo la recordaba.

De pronto sentí el peso de mi desvanecimiento como algo embarazoso y me preparé para el comentario como quien pone un brazo para la vacuna. Pero la chica hizo algo absolutamente inesperado. Sonrió con cada centímetro de su rostro y mientras me ayudaba a levantarme, tomándome por la cintura me dijo: *¿te llevo a tomar un café con azúcar?*.
Nunca le dije que sí, que yo recuerde, tampoco sé que fue de las otras personas que nos rodeaban, o si acaso me hablaron en algún momento.
Andrea, me tomó del brazo y comenzó a caminar hacia la cafetería, guiándome con los faroles verdes de sus ojos y juntas fuimos a tomar un café.-

Ese mismo día, más tarde, volví a estar en otro pasillo. Era la sala de espera del hospital donde internaron a mi padre. Fumando compulsivamente y esperando.
Ya me habían advertido varias veces que apagara el cigarrillo, lo cual hacía para volver a encender otro inmediatamente.
No miraba por la ventana, el sol, el azul del cielo no me interesaban. Sabía que me estaba perdiendo lo que más me gustaba, las formas misteriosas de las nubes, pero no me importaba. Caminaba y fumaba, tratando de controlar mis emociones con mucho esfuerzo.
Como hacía siempre que me sentía devorada por el miedo, me metí para dentro, como una almeja en la arena. Ajena al mundo. Lejana hasta de mis propios pensamientos.
Las enfermeras se movían de un lado al otro, rozándome como si fuera un objeto inanimado. Yo las dejaba hacer porque una única cosa me mantenía alerta en ese universo blanco: una puerta rebatible con pequeñas ventanitas grises. Esperaba que se abriera y un hombre vestido con bata blanca se acercara sonriendo, para decirme que todo había salido bien.
El diagnóstico de mi padre era cáncer y éste examen era para poder determinar el avance de la enfermedad en su cuerpo, y el estado de su futuro próximo. Pero la puerta no se abría y yo sentía que mi cuerpo implosionaba lentamente.
Al revés del big bang.
De pronto, una mano me acarició el vientre. Andrea llegó y me abrazó cálidamente por atrás, como si fuera el gesto más normal del mundo con alguien que acababas de conocer. (Y era absolutamente necesario).
Fue como si el elástico que me sostenía se cortara de golpe, dejándome caer en los brazos de ésta mujer, que me hablaba al oído, me arrullaba, con una voz ronca y profunda que sonaba como el mar. Me hubiera quedado así para siempre.
La almeja tuvo unas desconocidas pero poderosas ganas de salir a la superficie.
Sonreí enfrentándola, ahora yo con los ojos abiertos, para no

perderme nada. Nos quedamos así, abrazadas unos minutos, sólo mirándonos, buceando una en la otra. Y yo supe desde ese momento, es decir, lo supe con absoluta certeza, que nadie en toda mi vida se había acercado tanto a la persona que realmente era, ni siquiera yo misma.
Sus labios me llamaban, rojos y luminosos, como un pequeño faro.
Fui hacia ellos, paradas como estábamos, en medio de la sala de espera del sanatorio.
Fui hacia el faro sintiendo con alegría que por fin era un barco, con un horizonte absoluto y amplio para recorrer.
Los relojes, las agendas, las enfermedades que consumen los cuerpos, todo se detuvo en ese momento. Por unos segundos el mundo fue un océano nuevo formado con su saliva y la mía. Por unos segundos.
Hasta que la voz de mi hermana sonó, como una alarma de incendios, fuerte y clara, dominando el pasillo todo, repitiendo mi nombre con autoridad, como cuando era chica y me portaba mal. Y aún sin darme vuelta yo ya sabía lo que me esperaba. Con lentitud me separé de Andrea para enfrentarla. Nos miraba, con un exagerado gesto de horror, como si la desbordara el asco, más una pequeña dosis de sorpresa. Pero sin duda era mayormente asco.
Paralizada se mantuvo así por unos segundos, hasta que dramáticamente se puso a llorar.
Y en mí otra vez el miedo comiéndome por dentro. Nerviosa, improvisaba inverosímiles explicaciones. Ambas me escuchaban, sin dar crédito. Andrea intentó guiarme, *no hay nada que explicar,* dijo, mientras me tomaba la mano, *está todo bien, podemos hablarlo en otro momento.* Pero yo me solté, deseando ser engullida por la tierra de una vez, perder la memoria y volver a nacer en otro planeta, si fuera posible, en otra galaxia. Le pedí a Andrea que se fuera, que nos dejara solas. La vi alejarse despacio, sin dejar de mirarme, de hablarme con sus ojos húmedos, decepcionada y triste, tal como yo misma me sentía.

Traté de abrazar a mi hermana que parecía estar sufriendo un ataque de pánico.
Sangre de mi sangre, madre y amiga durante tanto tiempo. Me enseñó a caminar, a decir ajó, a atarme los cordones de los zapatos.
¡¿cómo pude hacerle ésto?!
Le pedía perdón una y otra vez, pero fui rechazada, como si rebotara contra una pared. Un muro de odio que salía de su mirada. Y a pesar de nuestras muchas diferencias y esa constante sensación de estar decepcionándola siempre, esto fue nuevo para mí. No sabía cómo hacer para que desapareciera. El desprecio de mi hermana me pareció un adversario demasiado fuerte.
Me rendí.
Apuntándome con el dedo, sentenció con voz sorprendentemente clara: *nadie se va a enterar de ésto por respeto a papá y a tu marido que es una buena persona, pero para mí vos estás muerta.*
Me miró a los ojos mientras decía *vos estás muerta,* y no pude ver ni un atisbo de dolor en ellos, ni un poquito de la tristeza que me a mí me estaba destrozando el alma.
Orgullo vi, sí, y todos los enemigos anteriomente citados, pero no dolor, y eso fue lo peor. Lo peor de lo peor.
Llorando le extendí mi mano, suplicándole, buscando un poquito de compasión en la mirada de ésta persona que ya no era mi hermana.
Porque pese a todas las diferencias, muchas inentendibles o inexplicables, *familia es familia*, decía mi padre, y estamos destinados a permanecer juntos frente a las adversidades y para siempre. Nunca enfrentados. Por ninguna razón Así fue como me di cuenta ese mismo día, mientras se decidía la suerte de mi padre, que familia no era familia para todos. Y supe que ya nunca lo sería para mí.
Mirando mi mano que pedía su abrazo, mi hermana agregó con expresión nauseosa *no me toques.*.
Con la cruda conciencia de la lepra que irreversiblemente invadía mi cuerpo, pero también con la sensación de estar abrazándola

plenamente, di un paso hacia atrás, mientras ella pasaba junto a mí sin mirarme, camino a la salida del hospital.
Cuando se fue, yo me quedé ahí sola, más sola de lo que nunca había estado. Miré mis pies, y me di cuenta horrorizada, que estaba parada sobre un dorado charco de mi propio orín.-

Es raro.
Aún después de haberlo enfrentado de la peor de las formas, y aún después de todo lo que vino precisamente después, yo nunca me sentí una mujer homosexual. Ni aún después de haber besado a una mujer, ni después de haber cogido con una.
Y digo cogido, con todas las letras, aunque cada vez que lo hago siento como un tirón en la nuca, inconfundible señal de mi educación católica. Empecinada, me rebelo, le contesto al asco y al desprecio, y me prometo ya nunca más volver a decir *hacer el amor*, como una reverenda pelotuda. Qué estupidez.
Hacer el amor, ¿y cómo se hace?, seriamente, ¿cómo mierda se hace el amor?, ¿cómo se crea?, ¿cual es la receta?
Por otro lado, entiendo que nunca me haya sentido lesbiana realmente.
Nunca estuvo dentro de las opciones de lo que me enseñaron que podía ser.
En mi mente infantil recuerdo hombres que eran homosexuales, pero no mujeres.
A las mujeres hasta la homosexualidad nos es ajena.
Homo es lo igual, pero también es *hombre*, hombre en sentido genérico, porque aún después de siglos de aparente evolución, nosotras las mujeres seguimos siendo parte del universo masculino. Seguimos siendo parte de *los hombres*.
Seguimos respirando con pulmones nacidos de la misma costilla robada.
Seguimos *siendo* una generalidad masculina.
Cuando en realidad las mujeres somos un universo totalmente diferente. Desconocido hasta por nosotras mismas y por eso nunca conquistado, nunca reclamado. No existe bandera en éste, nuestro universo, pero por defecto se aplica la ley de...¿de qué?, ¿del más fuerte?, no lo creo, ¿de la mayoría?, tampoco. Es la ley de la costilla supondo, porque como decía mi profesor de Economía, *el que inventa gana*, y en nuestro caso, el que escribe gobierna. Y así ha sido, desde la biblia a miles de millones de leyes que sistemáticamente nos esquivan, pasándonos cerquita,

pero nunca por el medio.
Así es como llegamos a la máxima ironía: hasta la homosexualidad no es ajena. No es aplicable a las mujeres. Las mujeres somos traviesas, estamos confundidas, o tenemos problemas siquiátricos, cuando nos emparejamos con una mujer, pero no somos oficialmente parte de la homosexualidad. Los hombres son *gays*, *alegres y divertidos* , mientras nosotras somos las que copiamos a *Safo*, o bien desde una platonicidad absurda, o bien con exclusivos fines de motivación erótica masculina. Una vez más, la homosexualidad es sólo de los hombres. Tuvieron que recurrir a la historia para nombrarnos a nosotras, los hombres son simplemente los que aman a otros hombres. Para definirnos se nos exilia, se nos separa del resto del mundo, desterrándonos a una isla únicamente habitada por nuestras pares. Y en el caso de recibir una visita masculina, deberemos olvidar que el placer nos lo dan nuestros cuerpos, para amarnos teatralmente con el objetivo de dar placer al padre dios, al dios-hombre.
No debe existir ser masculino heterosexual sobre la tierra que no albergue la fantasía de ver a dos mujeres amándose. Les divierte porque es una forma de dejarlo *allí*, en la fantasía. Mientras sea ficción no puede lastimarles que la mujer-madre ame a otra mujer y no a un hombre-niño.
Las lesbianas dejamos huérfanos a los hombres y creo que es por eso que ellos no nos quieren ver, ni darnos un sitio en el mundo de la realidad.
Las lesbianas somos sublimadas por los hombres. Por eso el exilio. Vivimos en una isla mitológica o bien dentro de una película porno, pero nunca en el apartamento de junto, nunca en la casa de la esquina. Y cuando finalmente se nos da un lugar, somos competencia, somos mujeres masculinizadas, envidiosas del pene, violentas necesariamente por la comparación.
Igual yo me pregunto: *¿realmente es tan importante ser definida por algo tan aleatorio como enamorarme de un hombre o de una mujer?*
Yo que creía que estaba descubriendo mi lugar, ya veo que me duró poquito, vuelvo a ser una paria, otra vez.-

Pablo, llamé a mi marido desde el estudio, *voy a llegar tarde a casa hoy. Sí, ya sé, es que se me había olvidado esto de hoy, disculpame*.
No terminé la frase, Pablo lo hizo por mí en actitud totalmente comprensiva. Igual insistí: *perdoná que no te avisara antes, no sé dónde tengo la cabeza.*
Mi corazón latía a toda velocidad, pero no por las mentiras que acababa de decir.
Andrea estaba sentada a mi lado, con mi mano entre las suyas, mirándome, y su sóla mirada me aceleraba el corazón.
Sonriendo dijo: *parece que se te quiere escapar el alma del cuerpo. A ver si pronto empiezan a llevarse mejor.*
Yo alcancé a articular con un suspiro: *Ojalá*.-

Escribir era mi mejor remedio contra el insomnio.
Ella me mira pero en realidad es como si nadara dentro de mi cabeza, como si lo que siento pasara directamente de mi corazón al suyo.
Me dijo*: amo tus ojos misteriosos de gitana,* mientras apoyaba su mano en mi nuca y me besaba como sólo puede besar una mujer. Y yo pensé: *ojos de gitana*, acariciando las palabras que acaba de escribir. *Ojos de mujer errante, libre, nómade, llena de misterio y magia, sin lazos, sin tierra y sin dolor. Como Daniel...*
Bajé mis párpados y separé mis labios como si el beso que imaginaba fuera real. Y lo sentí.
Ese era el secreto.
Me di cuenta.
Cuando Andrea me hablaba yo escuchaba: *desea, pide, sueña*, como si fuera el genio de la lámpara, como si corriera las cortinas de una ventana que no sabía que existía.
Por primera vez en mi vida sentía que podía ser cualquier cosa que quisiera, hasta yo misma. -

La primera vez que acaricié los pechos desnudos de Andrea me desconcertó la suavidad de su piel.
Me entretuve por un rato con ese pequeño huesito que sobresalía, como una montañita, en cada uno de sus hombros.
Conté la cantidad de lunares de su espalda, les puse nombres, convencida de recordar desde ese momento cual era cual.
Después la miré mientras dormía junto a mí.
Su respiración era profunda y acompasada, pero aún en medio de la paz de su sueño, brillaba.
Recorrí con mi dedo índice la línea cóncava de su esternón pensando en la maravilla de ese cuerpo joven y nuevo, y en su mirada de semáforo en verde.
Sonrió levemente.
Yo después del milagro estaba tan conciente de mi misma que no me podía dormir. Prefería mirarla descansar, oirla respirar, adivinar las imágenes que circulaban detrás de sus párpados.
En estado de absoluta perplejidad, no quería perderme ni un solo segundo de la vida de ésta mujer. Y aunque dormida permanecía oculta para mí, me negaba a dormirme por temor a ser abandonada por su imagen.
No quería que fuera como las estrellas fugaces que según mi hermana eran las sonrisas de mi mamá.
Mi marido me creía en un Buenos Aires por el fin de semana.
Glorioso fin de semana en el que ninguna de las dos salió a la calle.
Glorioso fin de semana en el que la fotografié mentalmente hasta que me ardieron los ojos.
Le hablé bajito al oído: *quiero tocarte hasta que el olor de tu piel se me quede pegado en las manos. Oirte respirar hasta que me aprenda tu ritmo y respire como vos. Quiero que mi voz suene a mar como la tuya, quiero ser salada y profunda y húmeda como vos.*
Más tarde en el baño me miré en el espejo, saludándome después de mucho tiempo, *hola, ¿dónde has estado este tiempo?*. La risa duro poco, con súbita amargura tuve que repetirme, mirándome fijamente a los ojos: *dónde has estado.*

No la oí levantarse pero ahí estaba, el rostro de Andrea junto al mío en el espejo, sus manos rodeándome la cintura. *Bienvenida*, me dijo. Yo la miré, *pequeña maga*, pero le dije sin piedad: *tengo que volver a mi casa.* Igual lo hice con una esforzada sonrisa, como si le estuviera diciendo algo bueno.
Andrea me besó en los labios. Era un poco como *El principito*, que no escuchaba nunca lo que no quería saber. *Cenemos con velitas*, me propuso, y acarició mi lengua con la suya, recorriendo mis caderas con sus manos.
Sus manos se hacían más grandes cuando me tocaba.
No pude sino abrazarla y en ese instante mi cuerpo a medio vestir, mi marido, mi padre enfermo y el mundo entero en el que viví hasta entonces, desaparecieron de mi cabeza. Estaba entrando en un espacio nuevo, húmedo, cálido, maravilloso, como la vagina que acababa de descubrir. Y era la mía.

Llena de sonrisas volvía a mi casa en taxi, con mi valija de rueditas sin abrir (mentirosa).
El taxi paró en el semáforo de la Plaza de la Bandera. Hacía frío y las calles estaban casi huérfanas de autos, pero otro taxi paró junto al mío. Miré con curiosidad. Una pareja se estaba comiendo a besos, con una alegría infantil y cómplice me quedé mirándolos, sonriendo, como si por fin formara parte del club del amor y quisiera presentarme al resto de los socios.
La luz cambió y los dos coches se pusieron en marcha, cruzando Bulevar Artigas.
Cuando mi taxi pasó junto al otro miré de nuevo, para saludar a mis compañeros de clan con una sonrisa. Se habían sentado correctamente y él había pasado su brazo por el hombro de ella y le acariciaba el pelo cobrizo.
Cobrizo y lacio como el de mi hermana.
Y era efectivamente, mi hermana con un muchachito que no tendría más de veinte años.
Mierda, pensé.
Mi hermana con un pendejo.
Mi hermana con otro hombre.
Mi hermana diciendo mentiras y escondiéndose del mundo para amar a alguien.
Mi hermana, *mi ejemplo*, *haciendo lo mismo que yo.*-
Entiendo que nada es casualidad, lo entiendo y lo acepto. Pero ésto era demasiado. Estaba bajando de la sierra a una velocidad que no podía controlar y veía como se venía con todo el grito que precede al absoluto descontrol.
Yo quería un mundo nuevo, pero ahora era demasiado nuevo. Era nuevo para mí y también nuevo para Silvina.
Las puertas se abren, cosas entran y salen sin que podamos decidir cuales pasan y cuales no. Esto no es Martín Pescador. Acá sólo podés decidir si abrís o cerrás. Lo que queda y lo que pasa ya no depende de vos.-
Esa noche Pablo y yo comíamos juntos y en silencio. Yo que en realidad ya había cenado con Andrea ni toqué la comida. Sacudía mi pierna derecha, que permanecía cruzada sobre la otra, tratan-

do de ordenar las imágenes que había guardado en mi cabeza.
Una parte de mí desbordaba de alegría. La otra no podía mirar a Pablo a los ojos.
Abrí otra botella de vino y al servirme, unas gotitas cayeron en el mantel. Sin poder evitarlo estallé en una carcajada totalmente desubicada. Pablo me miró sorprendido. Estirándome desde mi silla mojé los dedos en la sangre de cristo y con ella le dibujé a Pablo una cruz en la frente, riendo absurdamente y repitiendo como hacían mis tías *alegría, alegría, alegría.*
Pablo sólo me miraba callado, sin reaccionar, así que lo tomé de los hombros y sacudiéndolo le grité a la cara: *alegría, alegría.*
No era para nada necesario.
Seguramente pensó que estaba loca, por eso cuando me senté en sus rodillas, riéndome como loca se paró dejándome caer al piso.
¿Gorda, qué te pasa, estás en pedo?
Estaba genuinamente asombrado, no me reconocía en esta faceta tan irracional. Lamentablemente su seriedad tuvo un efecto contrario en mí, porque desde el piso no podía parar de reírme histéricamente.
Mirándome sin entender, sentenció, aunque civilizadamente: *te hago un café y me voy a dormir*. Moviendo la cabeza de un lado a otro, sin saber qué decir, volvió de la cocina, ofreciéndome una mano para ayudarme a levantarme, mientras con la otra me alcanzaba una tacita con café. Con los ojos húmedos de tanto reírme, intenté tomarle la mano que amablemente me tendía, pidiéndole: *vení, sentate, tenemos que hablar.*
Pero cuando traté de pararme tiré la taza de café al piso, y fue demasiado para él.
Nada peor que tratar de encontrarle sentido a alguien que está en pedo cuando vos estás sobrio.
Nada peor que alguien viviendo una historia distinta de la tuya, especialmente cuando es la persona con la que compartís la cama.
Miró decepcionado la alfombra color té con leche y tal como había prometido, se fue a dormir.
Yo le grité desde el piso que volviera, que teníamos que hablar.

Tengo que hablarte, murmuré mientras lo veía alejarse por el pasillo.
Con la misma intensidad que la risa pero con más violencia llegó el llanto.
Apenas pude balbucear: *Pablo, vení, por favor*. Pero él ya no me escuchaba, estaba en el baño lavándose los dientes. Desde el piso oía correr el agua por la pileta, mientras temblaba sacudida por el llanto.
Con todas mis fuerzas le grité, buscando conmoverlo: *te odio, Pablo*. Y de verdad lo hacía. Lo odiaba porque estaba evitando enfrentarme con todas las mentiras que sin ningún descaro le dije. Lo odiaba porque no quería ver lo único obvio de nuestro matrimonio: el final. Lo odiaba por negarse a enfrentar lo inevitable.
Pero por otro lado, también lo odiaba por ser/estar tan maravillosamente sano, por no tener el alma partida en un millón de pedacitos, porque él nunca había tenido miedo de ser quien era, y al menos había intentado vivir la vida que quería vivir. *Lo lastimaba porque lo envidiaba, lo lastimaba porque en el fondo siempre fui una mina cruel.*
Me quedé acostada en el piso, sobre el café derramado, repitiéndome, *te odio Pablo, te odio Silvina por no ser perfecta, te odio papá porque te estás muriendo justo cuando más te necesito, te odio Andrea por dar vuelta toda mi vida, los odio a todos...*
Te odio, Verónica, por mentirle a tu marido, a tu hermana y a tu padre, por mentirte a vos misma. Te odio a vos, Verónica.
Pablo, mi marido, con toda su humanidad intacta vino hasta mí, diciéndome: *dale, gorda*, haciendo fuerza para levantarme del piso, *vas a ver que todo va a estar bien, mi amor.*
No, no, no es cierto. Nada va a estar bien, ya no podemos volver atrás, no podemos remendar lo descosido. No, nada va a estar bien. Nada va a estar bien
Oí mi propia voz gritándole que me dejara en paz, que me dejara sola. Pero ahora la impotencia y el dolor en sus ojos superaban ampliamente a la sorpresa. No lo pude soportar. Acurrucada

en posición fetal, como Daniel en su última noche, cerré mis ojos con fuerza para quedarme dormida.
Mi marido se durmió en el sofá, con la mano derecha apoyada sobre la frente de su mujer.-

La hermana de Pablo pasó de fotógrafa a artista y me invitó a su taller a ver sus nuevos cuadros.
Dijo que uno está inspirado en mí. Tuve que ir a verlo. El ego siempre es un móvil poderoso, las mujeres lo sabemos bien.
Mi cuadro no me gustó para nada, pero fue la excusa para iniciar nuestra primera charla intrascendente en años.
Todavía me gustaba mirarla haciendo cualquier cosa, todavía me la imaginaba moviéndose sobre mí.
Tenía una pila de fotos recortadas y cada tanto elegía alguna y la pegaba sobre una cartulina manchada de pintura.
Un pedacito medio roto me llamó la atención. Lo levanté. Pude reconocer una espalda desnuda y pecosa y el perfil de una cara enmarcada por rulos castaños.
¿Quién es?, le pregunté.
Ahh, es una novieta que tuve hace tiempo, antes de Ana. Me saco la foto de la mano y la tiro de nuevo al montón desordenado.
No, pensé para mí, *es Andrea, mi Andrea. No es tuya, es MIA!*
En mi cabeza infantil eran Magdalena conmigo, y Andrea conmigo, nunca entre ellas, nunca ellas sin mí.
Me acordé de Daniel escribiendo *yo con vos*, y del juego que jugábamos en la escuela, *yo con todas, yo contigo, yo con vos, yo por arriba, yo por abajo, yo con todas.*
Yo con todas, yo con vos.
Salí del apartamento de Magadalena con ganas de vomitar.
Ahora cada vez que toque a Andrea voy a volver a estar en el baño de aquel boliche, no quiero abrir mas puertas, ahora quiero cerrar.-

Con el tiempo una se acostumbra a cualquier cosa, a casi casi todo.
Un día salimos con Andrea y sus amigas. Todas lesbianas que ibamos a ver a otra chica lesbiana que cantaba en un boliche. Espíritu de cuerpo, que le dicen.
Mientras hablaban fui sacando mis cuentas. De las cinco que ibamos en el auto, tres se habían acostado con Andrea. Dos eran novias entre ellas, y la que estaba sola era la ex de una de esa dos. Hice un esfuerzo por no entrar en pánico.
Andrea me explicó que era algo bastante común *en el ambiente*.
En el mundo de las lesbianas las fronteras están por todos lados. El mapa de la homosexualidad y particularmente el de las mujeres está lleno de rarezas, está encogido y limitado sin piedad.
Y ahí, dentro de ese territorio chiquito que no puede avanzar hacia ningún lado, tenemos que conocernos y amarnos y odiarnos y engañarnos y amigarnos y volvernos a cruzar una y mil veces, me explicó Andrea.
Claro, por eso Magadalena está en vos, pero yo también estoy en ambas, y todo éste entramado nos muestra únicamente cuánto nos limita el mundo en que vivimos. No tiene nada que ver con la promiscuidad.
¿No lo tiene?
¿Cómo seguir después de encontrarte una y otra vez con tu cuñada, por ejemplo?
Creo que es Guillermo Saccomano el que dijo: *quien pasó aún de la manera más vil por la memoria de otro cuerpo, será siempre parte de ese cuerpo y ese cuerpo parte de uno.*
¿Con cuántos cuerpos tendré que cargar ahora, yo que apenas puedo con el mío?

En español decimos: *me enamoré de tal.*
Los anglosajones dicen *falling in love*, que vendría a ser algo como, *caer en el amor*, lo cual es bastante literal más allá de lo obvio.
Nosotros somos aparentemente más abastractos.
Ellos caen en el amor, como si fuera en un pozo, como algo inevitable que te agarra desprevenido y que obviamente a veces te puede lastimar. Una puede pensar que en ese caso se prondrán una *band aid* y seguirán adelante, parándose rapidito, hasta que se vuelvan a caer otra vez. Bien por ellos.
Otra cosa es que en esa caída, no te caes solo. Y eso es lo que más me gusta. Para ellos caés en el amor con la persona *(falling in love with)* de la que estás enamorado, sea que esa persona te ame o no.
Aunque no te ame, igual se cae contigo. ¿No es genial?
Los anglosajones no se *enamoran de*, se *enamoran con*, lo cual es un concepto copado, especialmente cuando no sos correspondido. Y para el amor de ida y vuelta, también implica una especie de trabajo compartido del que surge y se mantiene el amor.
Esta bueno pensar que todo el amor que te ocasiona esa caída no depende del receptor, y que aún cuando éste no te ame ni un poquito, se cae contigo, siguiendo el destino del amor que estás sintiendo.
Ojo, que se caiga contigo no quiere decir que necesariamente esté allí, contigo, cuando *estás caído*.-

Andrea y yo tomábamos un café en un bar de la Ciudad Vieja. Cada tanto ella pasaba suavemente su mano sobre la mía, o estiraba la pierna para acariciarme con el pie. Y no sacaba sus ojos de los míos.
Yo revolvía el café con la extraña sensación de estar siendo observada por todo el mundo, como si el resto de las personas del bar al mirarnos pudieran también ver todas las cosas que hacíamos cuando estábamos solas, y nos juzgaran por eso. Pero nadie nos veía, apenas alguna mirada distraída se cruzaba con nosotras.
Levanté la vista para decirle: *voy a dejar a Pablo.*
Silencio.
Quiero vivir contigo
Silencio
Mordí mi labio inferior deseando nunca haber dicho nada, contando hasta diez para agarrar mi cartera y largarme de ahí.
Pero cuando iba por el ocho Andrea dijo: *no puedo.*
No puedo mudarme contigo así como así. ¿Qué voy a decir en mi casa?
Descolgándose de mis ojos, se dejó caer ella también dentro del café. *Yo todavía no dije en mi casa que salgo con mujeres, y no sé como lo pueden tomar. Supongo que algo sospechan pero nunca llevé a nadie, ni viví con nadie. Todavía no les dije. No sé, viste como es...*
No, no sabía como era, pero supe que lo iba a tener que aprender. A golpes, como todas las cosas, y el primero, con todo el dolor del alma, el primer golpe, te lo tuve que dar a vos.
Adiós Andrea, me levanté y me fui.-

La muerte llegó.
Sentada sobre mi cama, sola, juntas las piernas, tensos los hombros, apretados los puños. me miraba en el espejo sobre la cómoda de mi cuarto. Miraba mi cara como si fuera de otra persona. Parecía la cara de otra persona.
¿porqué esa mujer no llora, porqué tiene los ojos huecos, porqué no llora?.
Mi padre murió. Pero morir no era una palabra que pudiera ser aplicada a él.
Solo se fue. Como siempre había vivido, con dignidad, como si volara por sobre todas las cosas.
Cerró los ojos y permaneció en silencio durante dos largos minutos. Entonces la presión con la que apretaba mi mano disminuyó lentamente.
Y por primera vez en mi vida permanecí tranquila abrazando el dolor, enfrentando estoicamente lo que en ese momento me estaba pasando.
No me escapé.
Me quedé sentada en la cama del hospital mirando al hermoso hombre que mi padre todavía era. Acaricié su rostro arrugado, peiné su pelo gris y le arreglé las cejas, pasando mi dedo índice por su nariz patricia.
Parecía un nene chiquito dormido en la cama de sus padres. Me dieron ganas de cargarlo en mis brazos y acostarlo en su cama, como tantas veces él había hecho conmigo. Pero cuando estaba a punto de levantarlo entraron varias personas, enfermeras, tal vez, y me sacaron de la habitación.
Mis amigas estaban ahí. No podía verlas porque tenía los ojos fijos en la cara de mi padre dormido, pero sabía que estaban ahí. Pablo me habló, me acarició la frente, dijo algo de llevarme a casa.
A casa, dije, *pensando en la casa de mi infancia, con olor a madera de roble.*
Y me di cuenta de que ese era el olor que siempre había identificado como el olor de mi padre, el olor a la madera lustrada.
Sí, vamos a llevarlo a casa.
Pablo volvió a decir algo pero cuando levanté la vista, la vi. Mi

hermana estaba parada frente a mí con el rostro desfigurado. Me costó realmente darme cuenta de que era ella.
Estaba despeinada y lloraba con toda la cara, apretándose la panza como si el dolor le viniera de ahí. Caminó hacia mí, escuché las palabras que decía, pero no podía entenderlas.
Es mi hermana, es mi hermana.
Dentro de mí podía reconocer lo familiar de su imagen, pero mi mente no entendía que se me diera el privilegio de verla otra vez.
Es mi hermana, seguía pensando, cuando sentí que me rodeaba con sus brazos, cerré los ojos y no supe nada más.
Cuando me desperté estaba en mi propio dormitorio. Sola.
Mirándome a los ojos en el espejo.
Sonó el teléfono y era precisamente Silvina para comunicarme que había arreglado todo para el velorio y el entierro.
Nada de eso tenía sentido para mí.
Una persona muere y ya no es esa persona nunca más.
Ese cuerpo quieto, seco, gris, que huele a medicamentos y a encierro no es mi padre y me niego a cuidarlo.
No es mi padre y por lo tanto no me interesa el color, el peso o los detalles en oro de la caja en la que van a colocarlo hasta que finalmente se pudra y desaparezca.
Su mirada celeste y luminosa, su voz magnífica, la calidez de sus manos grandes, no están ni estarán nunca en esa maldita caja, así que, le dije de muy mal humor *elegí lo que más te guste, no me interesa.*
Entonces la escuché decir, como si cambiar de un tema a otro diametralmente opuesto fuera lo más normal del mundo: *no pasó nada, yo sé que estabas pasando un mal momento. Esas cosas pasan. Pero espero que ahora que sólo somos vos y yo, ya no vuelvas a ver a esa tipa otra vez. Suerte que pudimos evitarle a papá el disgusto de creer que una de sus hijas es lesbiana. Pobre papá, al menos se murió estando orgulloso de vos.*
Ahí estaba otra vez la hermana que conocía de toda mi vida. Ahí estaba en todo su esplendor una vez más.
Durante los dos segundos que me duró la rabia por su comentario pensé en preguntarle porqué se estaba acostando con un pen-

dejo si siempre se la veía tan felíz con su marido. Pero no.
No quería saberlo.
Ya no tenía sentido.-

Escribí en mi diario una carta para Andrea.
Mi padre murió pero no puedo llorar. No quiero llevarme las manos a la cara, porque el olor a tabaco de mis dedos me hace acordar a vos. Mi voz me hace acordar a vos. Veo tus ojos mirándome desde el espejo y quiero decir tantas cosas que no tienen palabras. S O S
Sos. Vos sos. Un poquito de luz, una zanahoria, el horizonte. Ir. Mirar. Seguir. Salir. Respirar profundo. Y no mirar atrás. Yo
No la terminé.
Sabía que iba a escribir cosas que después no podría sostener.
Mejor así. Mejor en mi diario que en el mundo real.
Esa misma noche salí a cenar con mis amigas. Cuando volvía a casa pasé sin querer por ese boliche gay que de afuera parecía un taller mecánico. No me había animado a entrar con Andrea. Pero después de la muerte de mi padre la vergüenza y el miedo se habían movido hasta el final de la lista.
Necesitaba sentir algo que me hiciera llorar. Darme la cabeza contra la pared, aplastarme el dedo con un martillo, que me apagaran un cigarrillo en la cara.
O coger.
Coger con alguien que no me tratara como si me fuera a romper.
Sólo coger con alguien que después ni siquiera se acordara de mí.
Y viceversa.
Lo bueno del dolor físico es que tiene límites. El otro no para, no te da respiro.
Necesitaba coger.
La luz mortecina del lugar hacía que todos pareciéramos vampiros de ojos blancos.
Pedí un ron y me acomodé en la barra.
Esta vez iba a elegirla bien.
Nada de rubias, ni pelirojas de pelo lacio, nada de pendejas con rulos. Ni camiones viejos o nuevos, ni diosas con labios teñidos de rojo. Mucho menos fotógrafas vestida de negro.
Quiero una mina que me guste, sin saber qué hace o qué piensa, ni cómo mierda se llama.
Y ahí estaba.

Perfecta.
Tenía el pelo atado y una mochila en los hombros (?), pero cuando se dio vuelta fue mi vagina quien la sintió.
Sus tetas pequeñas pero firmes me saludaban, debajo de una musculosa blanca. Sus manos grandes, su boca abierta, sus ojos negros clavándose en mí.
Cogimos en su auto, como tantas veces había hecho con Daniel, pero sin mensajes escritos en ningún lado.
Eramos nuestros cuerpos hablándose, como una canción animal, femenina y perfecta.
La movía sobre mí, mis manos en su cintura, sacudiéndola, raspándome con ella, frotándola, mojándome, mezclando nuestras humedades una y otra vez, hasta que ya no sabíamos quien estaba mojando a quien.
Metí mis dedos en su vagina y entendí como deben sentirse los penes. Sentí ternura una vez más por Pablo.
Era voluptuoso, cálido, suave, perfecto, como ser impoluta otra vez rodeada de líquido amniótico, alimento y muralla, que te mantiene y te sostiene, aislándote de todo.
¿Cómo no querer estar adentro de una vagina todo el tiempo?
Ahora que sabía como era me dio pena no haber conocido a Andrea como ella me conoció a mí.
Me agaché frente a la chica sin nombre con ganas de comerme su vagina toda, de tener adentro mío este lugar maravilloso que acaba de penetrar, completando finalmente el ciclo.
Acaricié su clítoris con mi lengua, apoyando mi palma sobre su vulva y con mis dedos todavía adentro, la hice acabar.
Sus gemidos me calentaron tanto que me acabé junto con ella.
Me quedé unos minutos quieta donde estaba, escuchando el ritmo de su respiración acompasándose con la mía. Distintos sonidos formando un mismo ritmo.
Cuando se desarmó nuestro música me fui a mi casa. Y con esa misma boca impregnada con el olor a comino del sexo de una desconocida, le di el beso de las buenas noches a mi esposo, acostándome a su lado para dormir.

¿Para qué escribir un diario sin el narcisita propósito de que alguien lo lea alguna vez?
Claro que también puede servir para recordarte cuando ya no seas quien sos, a la persona que alguna vez fuiste.
No es mi caso.
Yo soy un personaje.
Soy yo misma mi personaje, uno que escribo en mi diario, uno que voy inventando.
Está todo pensado, todo cuidado. Soy escritora y personaje, no puedo salir nunca mal parada.
Me aprovecho vilmente de la distancia que media entre la privacidad de mi dario y la imagen cruda que me devuelven los días que vivo.
Busco esmeradamente la combinación más adecuada, como si estuviera vendiendo desodorante de ambiente, la fórmula más seductora para mostrar mi propia verdad.
Pero ¿qué es verdad? ¿Cuál es verdad?
Si estoy ficcionando todo el tiempo. Ficcionándome, todo el tiempo.
Creando una realidad alterna que me sostenga en ésta película en la que actúo y que es mi propia vida.
Soy un personaje, que a veces es Verónica..
Entro y salgo del espejo todo el tiempo.
Soy Alicia.
Estoy en mi diario, y estoy en los libros que leo, en las películas, en mi hermana, en Andrea y en Pablo.
Estoy en todos y en todas partes.
Estoy en todos lados.
Menos acá.-

La marina donde solía esconderme ya no está, Pablo se la llevó cuando se fue. En su lugar hay una mancha con la misma forma, bueno, no una mancha, el reverso de una sombra, una figura más clara sobre la pared que cuenta que ahí hubo algo durante mucho tiempo y ahora ya no está.
Parece que mi destino será esconderme en el baño siempre.
Así que allá voy una vez más.

Rojo.
Me encanta el color rojo.
Rojo + agua caliente y salada, casi mi combinación preferida.
Creo que la última letra que pensó Daniel debe haber sido una S, y no una A.
La S es más femenina, más dulce, menos prepotente que la A.
Su última letra tiene que haber sido suave, como un susurro, como la brisa de verano que apenas sacude las cortinas, una S de adios, de vos, de dios, de olas saladas sobre las piedras sobre tus piernas.
Recuerdo las olas saladas de Daniel rompiendo dentro mío, convirtiéndome en arena.
Arena imposible de conteder, de aprehender, de acariciar, de mantener quieta cuando se aparece el viento.
Rojo.
Calor.
Ardor.
Dolor.
Tal vez un poquito, pero nada de miedo.
Apenas veo mis pies, parada como estoy sobre este río rojo.
Con el color más denso dibujo figuras sobre mis muslos, pero es difícil, tengo unas pulseras rojas que brillan mucho, me ciegan.
Rápido, tengo que elegir una palabra, una letra al menos.
Me da rabia.
Como mi amigo (el escritor italiano), yo tampoco quiero más palabras.
(Ya no escribiré más. Sólo un gesto.)
Pero hay una palabra que vuelve a mi cabeza todo el tiempo, y es más que un signo. Es un símbolo, y por eso no la quiero. Sólo de pensarla duele.
No quiero que sea esa, no quiero traerla, no quiero que se vuelva real, no quiero que me vea así.
Pero se me termina el tiempo y es una pelea inútil.
Para que todos la vean, la escribo con mi sangre en los azulejos del baño.

Verla escrita me da risa. Tanta vuelta para terminar en ésto.
No podía ser otra, ahora lo entiendo.
Y sí había una A después de todo, bueno, en realidad dos.

Mamá.

Nada mejor que despertarse con un orgasmo que sacude tu cuerpo dormido. Acalambrado.
Me desperté temblando. Temblando.
Agitada y conciente.
Soy una sobreviviente de mi propio terremoto.
Sé que llevo varios días durmiendo y lo que más me alegra es que no nadie pueda encontrar registros nuevos, y que yo misma yo no lo haya registrado.
Para no poder obligarme una y otra vez a leerlo. A enfrentarlo.
A veces es bueno simplemente dejarlo atrás.
Yo siento que ahora estoy a sólo un paso, de dejarlo atrás.
A un paso, a un gesto, qué más da.
Ser. Estar.
Sentir en sueños. Vivir. Existir todavía. Porque aún aislada de tu propia memoria, de la fatalidad de tu conciencia, igual estás.
Lindo meterte otra vez en la panza y dejar de estar, hasta que te sientas nuevamente segura para salir.
Abrí mis ojos al blanco.
Cuarto blanco, sábanas blancas, vendas blancas.
Blanco
Dolor.
Ahora sí, dolor físico, amigo, compañero que te escucha y entiende cuando debe parar.
Alguien pegó su palma a la mía y pude sentir su calor, llenando mi cuerpo, como aquella vez que me perdí en la calle.
Maravillosa sensación.
Me dejé invadir por esa palma caliente otra vez.
Mi hermana sostenía mi mano izquierda. Hablaba sin palabras y lo que decía pasaba de su cuerpo al mío, sin emitir sonido, y éramos otra vez la misma sangre, sangre que salva, buena sangre. Y yo también le hablo.
Había una vez una verónica, que eligió cerrar los ojos y perder de una sola vez la maravillosa partida que estaba jugando.
Le cuento.
Me equivoqué.

Escribí un guión para mi personaje, y me lo creí..
Resulta que al final mi línea de la vida no estaba rota, estaba dividida en dos.
Ahora puedo darme cuenta, y me río.La bruja me dijo eso para no asustarme, pero en realidad esa línea estuvo siempre dividida en mil
Ahora empieza otra historia, desde éste cuarto blanco.
Sin cuadros y sin baño.
Verónica llena de oxígeno su sangre, siente como si tuviera cinco litros nuevos (y casi es verdad).
Su corazón tiene un ritmo acompasado, pleno, fuerte.
Su corazón también es el mío y está bien.
Muevo los dedos de los pies, están bien, los muslos, los cuadriceps, los gemelos, los brazos, los pechos, los manos, están bien.
Mis ojos están bien.
Miro hacia arriba y todo es blanco, limpio, sin manchas de humedad creciendo, traicioneras.
Blanco como nubes blancas que formas figuras en el cielo para distraer a una nena chiquita.
Blanco como un horizonte, como el cuadro antes de ser parido, como un diario sin escribir.
Una gotita salada se escapa y entonces la recuerdo. Mi vagina, mojada y contenta me tiende otra vez su mano de niña perdida.
Y ésta, ***mi*** verónica se la da sin miedo.
Ahora podemos ir juntas por el mundo de la mano, por el camino elegido, por la línea que más nos guste, o por ninguna, a buscar otras humedades propias y ajenas.
Humedades saladas como huellas de mares calientes y perfumados.
Humedades de verdad.-

